

CFS-83-P

No es todo alegre

No es todo alegre.



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

No es todo alegre. Publica-
do en el nº 133 (año 17) de
la revista La Verdad, de Ca-
diz. En el año 1880.

Noche de Reyes. Publicado
en el nº de La Época, de
Madrid, del lunes 6 de ene-
ro de 1890.

La pícara Olalla. Publica-
do en El Correo, de Madrid
el martes 8 de Diciembre
de 1908.

Interiores. Publicado en
La Ilustración Artística, de
Barcelona del 21 de Ju-

2º año de 1886. N.º 234.
Año V de su publicación.

No la mires, Publicado
en La Opinión, de Madrid,
el 30 de Abril de 1887.

NO ES TODO ALEGRE.

I.

La noche era magnífica. Apenas si el viento susurraba entre las copas de los árboles del cercano jardín, en cuyo centro se eleva la redonda torre, como en medio del mar de la existencia la imágen del dolor. Por las calles cercanas como rios que van á morir á la extension infinita, desbordábase la gente que iba inundando el delicioso recinto. La Velada mostrábase en todo su esplendor. El terreno que se extiende desde la anchurosa calle de Asdrúbal hasta el segundo polvorin, convertido por vara mágica en encantador, semejábase al paraíso. Antes de llegar á éste el alma pasa por las penas del purgatorio; antes de entrar en la Velada hay que pasar por el purgatorio de aquel infierno de vendedores, que esparcen á los aires sus voces estentóreas. Hay felices mortales, que van al cielo directos. Esos que entran en el Peregil por otra calle, pero no la de Asdrúbal, ² sin embargo, casi todo el mundo entra por ~~ella~~. ¡Qué importa el dolor, si es pequeño, para conseguir más pronto una felicidad inmensa! No es veleidad. Es la aspiracion infinita del corazon humano.

Inútil creemos hacer una descripcion de la Velada. Aquella extension cubierta de elegantísimas casetas entre las que descuella la sin par del Casino por su distincion, aquellas dos calles cubiertas de farolillos venecianos, aquel cielo puro y límpido, tachonado por los inmensos astros que ruedan silenciosos por la bóveda infinita, esparciendo en los aires sus pálidos fulgores, aquel mar de banderas ondeando al impulso del viento, aquel rumor confuso de la conversacion no interrumpida y formando contraste con la luz y con la animacion, la oscuridad del mar que viene á besar silencioso el cinturon granítico que ciñe á *la perla del Océano*, y con la horrible algazara la cancion melancólica del marinero que orza la vela de su bajel mezuquino y que tal vez piensa en el hijo de sus entrañas que dejó enfermo para buscarle un pedazo de pan.... ¡Ah! ~~que~~ aquel cuadro no necesita descripcion porque es demasiado conocido.

¡Qué animada está la caseta del Casino! La cercana banda esparce al aire las armonías del *wals* y allá en el interior de la tienda, entregadas en sus brazos, bailan las parejas flechadas por los ojos de la inmensa concurrencia. Al pié de la escalinata á cuyo fin, debajo de aquel letrero de esmeraldas, se encuentran los estirados mo-

1 de Cádiz

1 por
esta.

1 a

2/ una estátua, ceremoniosos como un diplomático en día de recepción, se apiña la gente para mirar con ojos envidiosos los felices que entraron donde ellos no pueden, y tal vez jamás podrán entrar mientras dure el odioso reinado del tiránico D. Dinero, ~~usando la frase del satírico poeta~~. Pero todo aquello, todo es indiferente para nosotros y para nuestra historia. Es algo más interesante lo que llama nuestra atención.

Confundido entre la multitud, de porte tan mezquino como agradable, miserablemente vestido, de faz simpática é inteligente, de mirada viva y penetrante, pálido como la imágen de la muerte, se hallaba un jóven de unos 18 años inclinado sobre el pedestal del maceton que dá ingreso á la escalinata. Su vista fijábase inmóvil en aquellas parejas que giraban alegres, vertiginosas, como las ideas tristes que bullian en el espacio sombrío de su cerebro.

¡Era pobre!... Denotábalo su traje y su presencia, y toda su desventura encerrábase en esas dos palabras tan horribles y tan desconsoladoras. ¡Ay! que el alma encierra en su fondo intrincado, en su oscuro laberinto una aspiración infinita, inmensa, á aquello que está más léjos de su alcance, porque entonces es mayor la alegría del triunfo, sin pensar que este se logra muy ~~poco~~ y es también inmenso el dolor del desengaño. Aquel infeliz, relegado por su condición á la última grada de la escala social, encerraba el aliento de un gigante y rodaban vertiginosas en la bóveda inmensa de su fantasía, las fantásticas ilusiones que inundábanle de alegría y de luz, como ruedan los astros en las tinieblas de la noche por la bóveda infinita de los cielos. Luego el sol sale y la luz de las estrellas se desvanece y al salir el sol de la realidad mísera de su existencia, huía también el fulgor querido de sus queridas ilusiones. Pero entonces ante aquel lujo deslumbrador, ante la fastuosidad aquella, imágen de sus dorados sueños, ante aquella dicha que él, sin hallar la razón no podía poseer, su alma volaba por regiones infinitas y su corazón se adormecía al arrullo voluptuoso del ténue murmullo con que azota los aires con sus alas el ángel consolador de la esperanza. En él la aspiración no era el lujo por el lujo, la dicha por la dicha; él quería trabajar para llegar allí y no encontraba medios, y se desesperaba y era sosten de su madre y de dos hermanos pequeñuelos que sobre él se apoyaban y él marchando por el pedregoso sendero de la vida no encontraba apoyo, y rodando, rodando, venía á dar con los seres queridos de su alma en el abismo horrible de la miseria; ¡qué horrible! ~~qué de~~
~~cuando! qué amor~~

Embebido estaba aún cuando sintió un leve golpecito; volvió la cabeza y allí lloroso, temblando, macilento, un niño como de unos 8 años, dirigiéndose convulso al pri-

es pocas veces

3
mero, balbuceó estas palabras: Mamá mala, mala; corre, Juan, corre, que se muere....

—¿Cómo? prorumpió el primero.

—De pronto.... ¡ay! Corre, dijo su hermano.

Y ambos, separándose del grupo, saliendo del paseo central, fueron por junto al parque, corriendo y llorando y ~~rendidos~~, se perdieron en la oscuridad como un buque perdido de vista en la extensión profunda de los mares. ~~rendidos~~

II.

El viento se había levantado fuerte cuando los dos hermanos salieron de la Velada. Siguieron el camino de árboles desde el final del Peregil hasta el Hospicio. Los lejanos faroles oscilaban sus llamas al impulso del aire que sacudía las copas de los árboles y á lo lejos se escuchaba débil el ruido de la mar que venía á estrellarse en la muralla deshaciendo su negruzca melena en límpida espuma. El silencio quería reinar y la voz de la natura-

leza se oponía. ¡Lucha gigante, apreciada sólo en sus consecuencias!

Se internaron por las calles y despues de un buen rato de marcha entraron por un portal oscuro y empedrado, que un farolillo apagado cuasi, suspendido del techo alumbraba con un fulgor mortecino; subieron presurosos por la empinada y tortuosa escalera y al llegar á una puerta careomida y al empujarla ~~desplegóse ante sus ojos~~ ~~aquel cuadro desgarrador que parecían~~

¡Qué triste es la pobreza! Los muros de la pequeña estancia, oscurecidos por la mano del tiempo, recibían los fulgores de una lamparilla oscilante al impulso del viento que penetraba por el roto cristal de la mísera ventana, fulgores que iban á dispersarse en un rincón donde sobre un catre, envuelta entre blancos lienzos, coronada la cabeza blanquecina por la aureola del mártir, alargando su mano cadavérica á un pequeño como de 11 años, balbuciendo apenas sus labios amoratados palabras incoherentes, se encontraba una anciana en cuyo interior librábase rudísima batalla entre la imágen esplendorosa de la vida y el espectro sombrío de la muerte. ¡Ah! entre tantas ideas que se agrupaban en su cerebro, entre tantas palabras como acudían á sus labios, una flotaba sobre todas, como el ligero bajel sobre las ondas de los mares, ~~aquel que encerrada en la voz entonada~~ "¡Hijos!" ~~repetían en lúgubre silencio los ecos~~ ~~de aquel~~ ~~antro del hambre y la miseria.~~

Al entrar en él los dos muchachos, su madre quiso incorporarse, pero volvió á caer rendida. ¡Qué escena sucedió! ¡La escena de la muerte! Aquellas palabras que brotan de los labios de una madre en el instante postrero, presurosas como la sangre que vierte la profunda herida, como se escapa el alma para el cielo, forman y formarán siempre un poema de amor indescriptible, porque son la he-

Presentarse
ante sus ojos
ma se vea
más desgracia
va dor que
imaginarse
puede.

Y la

43

rencia más sacrosanta que se recoge en el puente sobre el río de la existencia entre la ribera de la vida y la ribera de la muerte. Aquellos momentos sublimes, cuando entra el sacerdote recordando aquel abismo inmenso de la eternidad donde se despeñan los mortales y en cuyo fondo rodeado de círculo esplendente, en la diestra la balanza de la justicia infalible, se encuentra el Todopoderoso. Aquel último instante postrero, desconsolador, aquellas lágrimas que queman al salir del alma por los ojos y al des-parramarse por las mejillas, como las lavas del seno del volcan brotan por el cráter é hirvientes se despeñan por las laderas del monte, aquello no se puede expresar sino sentir, porque son muy pobres las palabras para expresar muchas veces lo que siente el corazón.

III.

El reloj del Hospicio daba las diez y media. El viento había cedido. La Velada aún estaba concurrida. En la estancia del barrio de la Viña, al lado del cadáver de su madre formando grupo grandioso se agrupaban los tres hijos derramando copiosísimas lágrimas en medio del silencio más profundo. Aún el mayor en su inmensa pena, no podía comprender cómo se había operado aquel cambio tan profundo en la salud de su madre durante el tiempo que permaneció fuera de su casa, sin considerar que

el dolor, como el fuego de la tierra, va uniendo poco a poco sin que se le perciba y cuando estalla, ¡ay! ya es tarde para contener el torrente devastador que asola el valle de la existencia.

Se proueta por su muerte cruzó una idea fatal. "¡Murieron mis ilusiones!" grito con desgarrador acento, mientras sus hermanos contemplábase estupefactos. Sejó la habitación, tropezando bajo la escalera y salió a la calle; arrastrado por el vértigo dirigióse a la muralla. Allá a lo lejos se percibía el resplandor de

5 / la Selada y un rumor animado
como voz de la ilusión que grita al
alma, navegando por el ~~o~~ ocea-
no brumoso de la pena. Desoyó sus
canciones reductoras. Una fuerza
virentible le arrastraba. Llegó junto
a aquel negro murallo donde se es-
tella el mar; metido en él, contem-
pló el ~~horroroso~~ horroroso atisno
donde iba a precipitarse... Pero
entonces vino a su memoria el re-
cuerdo de aquellos ^{dos} infelices que absor-
tos contemplaron su huida; dos
lágrimas rodaron silenciosas por
su rostro y volvió a verlos. Corrien-
do atrás, depositó un beso en cada
uno y salió a la calle, - ¿para
qué? - para pedir un pedazo de
pan que disfrutar en la boca quem-
da de cada uno de los hermanos de
su alma; para implorar socorros y
poder enterrar a su madre del
corazón!

Los dos pequeños seguían llo-
rando.

6/ Eran las once y ~~una~~ cuarto
y en una de las calles mas cin-
tricas de Cadix, un guardia de or-
den público recogia del suelo a un
jóven de 18 años al parecer, que, in-
terrogado, respondió saltuamente estas
palabras: "mi madre!... ¡Hambre!..."
7 cayó desmayado.

A la misma hora próximamente,
la concurrencia del casino
despedirse alegre y placentera, dis-
poniéndose a recaudar sus gozes, des-
pues de descansar de aquellos que
le arrullaron durante los momen-
tos deliciosos transcurridos.

11 de agosto de 1880.